

la necesaria asimilacion, por cuya virtud se apropian las sustancias y perpetúan el sér de la naturaleza. ¡Oh! Apresuraos á oír los grandes oradores, porque así como al acabarse el mal se acaba tambien el heroismo, al acabarse el privilegio se acaba tambien la elocuencia, ese divino verbo del derecho.

CAPÍTULO IV.

Los pretendientes al trono frances y otras cuestiones europeas.

Cuando Metz acababa de caer en manos de Alemania, llegado á Madrid tras una grande ausencia en Tours, dije yo en la Cámara Constituyente que no corria peligro alguno la República francesa, en la conciencia y en la voluntad nacional asentada, siquier pasase por una crisis grave, á causa de haberla condenado el destino á recoger la tristísima herencia de los errores del Imperio. Pues digo ahora que la República no corre peligro en Francia hoy, á pesar de pasar por otra crisis grave que ha traído el jacobinismo, presente aún, como una mala madre, allá en el fondo de las ideas republicanas por fuerza incontrastable de la tradicion y de la costumbre. Sólo á un partido embargado por el recuerdo de la Convencion se le hubiera ocurrido temer á pretendiente de la índole del príncipe Napoleon, y asustarse por cosa tan ridícula y baladí como la última proclama bonapartista.

Su primera pretension, la que á todas horas exhiben los bonapartistas, es la pretension á representar el espíritu moderno, por haber sido una obra esencialmente revolucionaria la obra de Napoleon. ¡Parece imposible! ¡Obra revolucionaria la obra de Napoleon! ¡Cómo el interes ó la supersticion alcanzan que los ojos se cierren á la clara luz de la historia! ¡Oh! La obra de Napoleon fué la egolatría llevada á sangre y fuego por el mundo atónito. Sintiendo hervir un genio en su frente, un genio que él mismo estimaba sobrenatural y cuasi divino, intentó Napoleon que la tierra toda recibiese, como blanda cera, la marca de ese genio. Tal obra, considerada bajo el aspecto personal, considerada en el seno de la propia familia, podría ser una obra meritoria. Gracias á ella, aún se llamaban reyes y príncipes los parientes del siniestro hombre de la fatalidad y del destino. Pero, considerada desde el punto de vista humano, esta obra era una obra proterva. Soldado de la República, bien pronto se cansó de servir con gloria una institucion y una idea. Los triunfos de Arcole y de Marengo eran triunfos de la democracia. Él necesitaba triunfos personales que sirvieran á su ambicion y su orgullo. Para herir la fantasía de los pueblos extrañóse al África, y al Asia, y á la tierra de las conquistas, y al Oriente de las religiones, y á la cima de las Pirámides,

y al pié del Sinaí, del Tabor, y al desierto, donde sus batallas podian ser contadas por leyendas y su persona entrar ya, por la trasfiguracion milagrosa, en las celestes regiones de los mitos. Vuelto de allí, y apénas llegado al centro de Europa y á la capital de las revoluciones, asesina en tenebrosa conjuracion la República. Una magistratura democrática no cuadra, no, á su genio. Un magistrado constitucional parecele un cerdo cebon. Wasingthon es demasiado pequeño, ese hijo de los puritanos, ante el gran corso, discípulo de Maquiavelo. Para que el mundo lo vea se alzará sobre el pedestal de un trono, se ceñirá una corona asiática, se envolverá en purpúreo manto sembrado de áureas abejas, tomará en una mano el cetro que degrada, en la otra mano la espada que aniquila, y se llamará, por la fuerza y por la conquista, el árbitro de Europa.

¡La guerra! Siempre es horrible, siempre nefasta. Si algo puede excusarla, es la defensa de una idea. Pero mirad el Volga y el Guadalquivir enrojecidos; Moscou ardiendo y Cádiz bombardeada; desde Suecia hasta Lusitania, la matanza y el incendio; un reguero de sangre, otro reguero de llamas; los mares cerrados al comercio y las naciones abiertas á la invasion, todo por el orgullo de un solo hombre, y decidme luégo si ese hombre, levantado sobre montañas de huesos y

circuido de olas de lágrimas, merece ó no la eterna inapelable maldición de la conciencia humana en la historia.

Cuando la revolucion francesa, en sus comienzos, se vió asaltada por los tiranos, una guerra de defensa era una guerra de justicia. Cuando sus enemigos la obligaron á traspasar las fronteras, una guerra de propaganda era una guerra de humanidad mantenida por el derecho. Esta guerra de propaganda no podia tener tal carácter si no se libraba á dos capitalísimos fines: reintegrar los hombres en su derecho y los pueblos en su nacionalidad. Pero ¿se propuso estos fines el gran guerrero que azotó con sus conquistas los primeros dias de nuestro siglo? En vano busco en las cenizas de sus obras Polonia resucitada, Italia unida, Grecia rehecha, el mapa de la democracia sustituido al mapa de la conquista. Napoleon unió Venecia al Austria, y luégo Holanda y una parte de Alemania, el Piamonte y otra parte de Italia á su confuso Imperio. En vez de llamar los alemanes á la libertad y á la patria, se contentó con darles reyes tan ridículos como su hermano Jerónimo é instituciones tan detestables como la confederacion germánica puesta bajo sus ensangrentadas espuelas. ¡Ay! Los polacos le habian dado su sangre, y él dió á los polacos el irrisorio ducado de Varsovia. Los españoles habian ido con él

hasta la derrota de Trafalgar, y él dió á los españoles por todo premio las infamias de Bayona y la guerra de conquista. Los italianos habian sido parte muy principal de sus huestes, y él jugó á los dados, como si la Península fuera un gran tablero, con sus reinos, con sus provincias, con la autonomía de sus ciudades, con las coronas de sus reyes, con las tiaras de sus papas.

Un dia dos emperadores, el Emperador de Francia y el Emperador de Rusia, levantado el uno sobre el cadáver de la República, levantado sobre los cadáveres de cien pueblos el otro; henchidos ambos de orgullo satánico, y ambos menospreciadores de las humanas vidas y de los populares derechos, como si fueran dos genios del mal resueltos á oscurecer el cielo con el incendio pegado por sus alevés manos á la tierra, reconocieronse y saludáronse hermanos; describieron sobre el mapa una línea, la línea del rio Elba, á sus respectivos Imperios; tomó uno para sí todo Occidente, y tomó otro para sí todo Oriente, á guisa de conquistadores romanos; juntáronse en el intento de cerrar los puertos á Inglaterra, las costas al cambio pacífico del trabajo y del comercio; dividieron y descoyuntaron los dominios turcos, el archipiélago griego, el antiguo Egipto, para repartírselos como prendas de su mutua amistad; juraron renovar en la India, con escuadras fran-

cas y rusas, las épicas expediciones de Alejandro; y como los pueblos no murmuraban, y como los reyes, convertidos en viles cortesanos, les servían de rodillas, creyeron con la vertiginosa demencia contraída tarde ó tempeano como enfermedad endémica en las alturas sociales, enfermedad producida por las evaporaciones de la soberbia y del orgullo, creyeron que no había Europa, que no había nacionalidades, que no había fronteras, que el mundo todo era un predio y la humanidad toda un ganado de su incontrastable omnipotencia.

Y al poco tiempo iba el César de Occidente, como furioso, como poseído, como uno de esos endemoniados descritos en las leyendas monásticas; iba, á pesar de haber ya inmolado casi todos los hombres válidos viejos y jóvenes de Francia en los sangrientos campos donde blanqueaban montones de sus huesos; iba desde París á Moscou, en alas de incomprensible demencia, á una expedición sin salida, á una conquista sin resultado, á una guerra sin objetó y en la que nada alcanzó; despues de haber visto el suelo alzarse bajo sus piés como si lo subleváran las generaciones en su seno enterradas, y el aire enfriarse á su paso, cual si la muerte, concentrada por la naturaleza vengadora en aquel punto, lo hubiera helado con su glacial hálito; despues de haber visto los hombres

y los elementos conjurarse á una en su contra, nada alcanzó, decia, sino volverse solo, fugitivo, delirante, á recoger un Imperio yermo que se escapaba á su ambicion, sin acordarse de 300.000 cadáveres tendidos sobre la nieve por su infame soberbia.

¡Y este hombre ha sido llamado el hombre de la revolucion! ¡No, mil veces no! Ese hombre es como Juliano en el Cristianismo; como Bonifacio VIII en el movimiento civil de la Edad Media; como Cárlos V en el movimiento religioso del siglo décimosexto; como Felipe II ante Holanda é Inglaterra: no el grande revolucionario, sino el grande reaccionario de la historia moderna. La Inquisicion de España, que él dice haber apagado, estaba ya extinta en la conciencia de los españoles. El feudalismo germánico, que él dice haber destruido, estaba ya cuarteado en el suelo de la vieja Alemania. Las aristocracias de Génova y de Suiza, que él dice haber suprimido, estaban ya consumidas, devoradas por el aliento de la revolucion francesa. Él no es más, no puede ser más que el gran reaccionario de la historia moderna. La revolucion trajo la República, y él restauró la Monarquía. La revolucion trajo la libertad, y él amordazó la conciencia. La revolucion trajo la igualdad, y él resucitó la aristocracia. La revolucion reveló el derecho, y él la conquista. La revo-

lucion separó la Iglesia del Estado, y él reanudó los Concordatos. La revolucion iba hácia la concordia de los pueblos, y él hácia los imperios carlovingios; la revolucion hácia la fraternidad universal, y él hácia el universal ódio y la guerra. La revolucion era la religion de la humanidad, y él era la fuerza, la matanza, la conquista. Y ese gigante clópeo se alza; taladra el pesado monolito puesto por la adulacion sobre sus maldecidos huesos; rompe el sueño de la muerte que en sus huesos ojos pesa; y convertido por la leyenda en idea redentora y mesiánica, viene á matar nuevamente desde el fondo de la eternidad, en la fria noche de Diciembre, como el árbol maldito del mal, las nuevas instituciones, la libertad, la democracia, la República, para traer en cambio los mismos males que ántes, la guerra universal, la conquista restaurada, el envilecimiento de una ilustre raza en la servidumbre y la fatal desmembracion de la ilustre Francia.

Apénas se habia un poco repuesto de la violenta emocion causada por los golpes despiadados de la muerte, á los cuales sucumbieran estadistas como Gambetta y generales como Chanzy, cuando sobreviene grande agitacion, y de sus resultas esa fiebre con apariencia de vida y corrosivos de tísis, á cuyos ardores pueden acabarse las instituciones más arraigadas y consumirse las sociedades

más fuertes. Volvian las cosas á su ser y estado natural; á sus discusiones el Parlamento; á sus trabajos el Ministerio; á su quietud la Presidencia, sin que nadie pudiese, ni por asomo, sospechar la condensacion de una tormenta; y príncipe tan desacreditado hasta entre los suyos, tan disminuido en el concepto universal, tan puesto fuera de toda competencia por el consentimiento universal como el príncipe Jerónimo Bonaparte, desata los huracanes, enfurece á la Cámara, desorganiza el Ministerio, y, provocando impremeditadas medidas de proscripcion contra las gentes de su rango, provoca una crisis en el Gobierno y en el Congreso tan grave para la libertad como para la República y la Francia.

No hace mucho tiempo que hablaba yo del príncipe Napoleon, diciéndoos cuantas maquinaciones urdia en favor de una restauracion imperial, pura y simplemente imposible. Si abrierais vuestras colecciones y registrarais mis revistas, veriais como hace tres meses anunciaba su propósito de publicar algo así como un periódico, carta ú hoja en todos los departamentos al mismo tiempo sosteniendo haber fracasado la República y conjurando, por lo mismo, á los pueblos para que la sustituyeran y reemplazáran con la monarquía cesarista y revolucionaria. Estoy seguro de que una sonrisa incrédula se dibujaba en los labios de todo lector

sensato, dictada por el mandato de una conciencia lúcida y por lúcida-incapacitada en absoluto de comprender cómo pretendientes heridos por el rayo del cielo y por los anatemas del espíritu pueden pensar en restauraciones, las cuales, haciendo retroceder á una generación entera en su natural crecimiento, al fin y á la postre acabarían por engendrar nuevas revoluciones, de cuyo seno surgirían la democracia y la República. Se necesita conocer el suelo de Europa y estudiar las múltiples raíces monárquicas en él entrelazadas para sentir el vigor que tienen las esperanzas de restauración alimentadas, sobre tantas ruinas colosales, por el jugo de tantos antiguos recuerdos. No importan Waterlloo y Sedan, el tratado de Versalles y el tratado de Viena, la triple desmembración de Francia, para los pretendientes, que ven cómo las exageraciones republicanas atemorizan á los pueblos europeos, y cómo este pánico indeliberado é inconsciente trae una reacción monárquica en la cual se atiende tan sólo á la salvación inmediata y no á lo que piden la salud y la honra, como siempre que las generaciones de este siglo se hallan sorprendidas por la pública peste de un general terror.

A tal persuasión ¿qué había de resultar? Un acto demente, pero un acto grave. El príncipe Napoleón embadurna las esquinas de París con atroz pro-

clama, en la cual veja la República y exalta el Imperio. Los madrugadores, los jornaleros parisenses, leen todas aquellas sartas de lugares comunes, y alzan unos los hombros y sueltan otros la risa. Valor se necesita para invocar el honor nacional á nombre de una estirpe sobre cuya conciencia y cuya historia pesan los horrores de Metz. Valor especialmente para hablar de la política interior, cuando la política interior napoleónica redujo el Estado francés, antiguo altar de los ideales democráticos, á una inmensa ergástula de siervos desesperados. En sentir de todos cuantos conocen la política á fondo y la juzgan con seso, tal audacia sólo merecía el desprecio. Ya comenzaba el Príncipe á llevar su merecido. Los diarios que podían parecer más adictos á su familia, recordábanle con triste unanimidad su oposición al Imperio napoleónico, sus conspiraciones de pretendiente frustrado, sus arengas demagógicas en los parlamentos imperiales, su enemiga irreconciliable á la emperatriz Eugenia, sus ideas republicanas dichas á cada evento, sus votos contra la política del diez y seis de Mayo dados en solemnísimas ocasiones, sus complicidades morales con la persecución á las órdenes religiosas y su comunidad de ideas con todos los heterodoxos, desautorizándole más aún de lo que está hoy en la pública opinión, indignada contra sus veleidades y sus arrebatos, los cuales

tienen por igual todas las faltas así congénitas á la revolucion y al cesarismo. Pero hay una Cámara en Francia que carece por completo de sentido, la Cámara popular. Y en la Cámara popular hay un partido que no vive sino en la exaltacion y en el fanatismo, tan contrarios á la serenidad que pide la profesion del legislador y el culto religioso que necesita el derecho; y este partido exaltado tomó pretexto de cosa tan liviana como la arenga bonapartista, para proponer cosa tan grave como una ley excepcional.

Aquel célebre Floquet, cuya voz lanzó tantos vivas irreverentes al emperador Alejandro II en su viaje último á París el año sesenta y siete; aquel Floquet, conocido por sus ideas exageradamente municipales en la presidencia del municipio parisien; aquel Floquet, en quien el entusiasmo nervioso, especie de neurósis intelectual, impide la madura y constante reflexion política, presentó el proyecto de destierro universal contra todos los príncipes franceses, por la falta de uno solo; y la Cámara, en el aturdimiento propio de su complecion, votó la urgencia, sin pararse á presentir y prever los resultados de tan impremeditada resolucion. Todo pudiera con facilidad evitarse, de haber allí ministros persuadidos del deber moral en que todo Ministerio se halla de dirigir las mayorías con firme voluntad y moverlas en su verdadera

direccion, pues abandonadas á sí mismas, toman las inciertas determinaciones propias de todas las colectividades sin guía. Pero el Gobierno se sometió á la Cámara en vez de refrenarla ó dirigirla, y prendió al príncipe Napoleon, dando con tal prision colosales proporciones al baladí caso del manifiesto, lo mismo que pábulo y alimento al voto inconsiderado de la mayoría.

Resultado. La opinion, que se burlára del imbecil documento, comenzó á tomarlo en serio; la prensa bonapartista, que maldijera sin piedad al Príncipe, no lo encontró tan mal desde que vislumbrára en él aires de mártir; la emperatriz Eugenia, que estaba retraida, fué de Lóndres, y la princesa Clotilde Napoleon, que estaba como divorciada, pensó ir de Turin á París; y comenzaron fuerzas, que aparecian fraccionadas ántes, á reunirse de suyo en torno de un Manifiesto, el cual hubiera caído á los pocos dias en el olvido, como cayó, al aparecer, en el desprecio. Pero hubo más; un sentimiento de justicia y equidad se sublevó contra la idea de que los príncipes todos pagáran la falta de uno solo. Aunque los errores del partido republicano frances han puesto maltrecha la República, no tiene tanta debilidad que pueda temer las confabulaciones principescas. Luégo, los Orleans pertenecen al ejército. Una reaccion natural contra el destierro que sostuviera tantos años